

Rigoberta Menchú, corazón solidario*

Jorge Turner**

Demos un aplauso clamoroso de bienvenida a la presencia de Rigoberta Menchú en nuestra Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Los jugadores mexicanos de dominó llaman hacer "la carrera del indio" a jugar pacientemente, aunque se esté perdiendo, con sumo cuidado y atención, para rebasar las circunstancias adversas, hasta coronar el triunfo.

Es bueno hacer la "carrera del indio", por lo menos en dominó. Pero en el desenvolvimiento histórico de América Latina, los amerindios tienen 500 años de estar participando de un juego dramático y adverso en que no se les toma realmente en cuenta, y que no les permite aún vislumbrar el acceso al triunfo y a la solución de sus problemas.

En uno de sus libros, el historiador español Salvador de Madariaga, imagina cómo los indios de la pequeña isla de Guanahani, primer punto de nuestras tierras a donde llegó Colón, pudieron haber descubierto y captado al famoso "descubridor".

A los indios, hombres y mujeres, completamente desnudos, les llamó la atención la solemnidad con que uno de los conquistadores garrapateaba sobre un pedazo de papel, con una pluma de ave que mojaba en una solución oscura, sin sospechar que se estaba levantando un acta en que, a nombre de Isabel y Fernando, tomaban posesión de las tierras ajenas. Divertidos, les llamó la atención las pecas en la cara de Cristóbal Colón y la vestimenta gruesa de los españoles tan inapropiada para el clima. Algún imaginativo pensó que se cubrían así porque tenían una cola que esconder. Hasta que un curioso al tocar la espada que un conquistador llevaba al

cinto se cortó la mano como presagio de la etapa que se estaba iniciando.

Desde entonces —agregamos nosotros— se empezó a sufrir el hierro de la conquista que se ha continuado en el hierro de los imperialismos que le siguieron y la indiferencia y la represión de muchos gobernantes mestizos de América Latina.

No hay duda que los conquistadores españoles tenían una cola que esconder. La cola de la avaricia y del mercantilismo, la cola de la espada que se encubría no sólo con las ropas, sino que se tapaba con la cruz, a pesar de que hubo algunos sacerdotes piadosos. Pero también los nuevos conquistadores y diversos gobiernos oligárquicos posteriores tienen colas que esconder y colas que les pisen.

Hemos llegado a los 500 años de resistencia indígena. Ya basta de paciencia y de "hacer la carrera del indio", como se estila decir en el dominó. Este rechazo a la paciencia es uno de los grandes méritos de Rigoberta Menchú y de quienes piensan como ella.

A Rigoberta, corazón solidario, le nació la conciencia y la conciencia no tiene mucha paciencia.

Rigoberta Menchú, orgullosamente quiché, aprendió a hablar español hace apenas un poco más de diez años. Ahora se hace entender también en inglés y francés, y en un breve tiempo, desde entonces acá, se elevó a Premio Nobel de la Paz, que no sólo es un triunfo suyo, sino un triunfo de la causa. Algún viejo luchador guatemalteco me decía, hace poco, que Rigoberta era una triunfadora mientras que él y los de su generación habían sido unos fracasados. Estamos seguros que Rigoberta no se siente una triunfadora y que únicamente se sentirá así cuando triunfe la causa de los indígenas y de los pueblos que ella defiende.

* Palabras pronunciadas en la recepción a Rigoberta Menchú Tum en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, el 5 de noviembre de 1992.

** Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.



Rigoberta venía de niña del dolor de las luchas de los indígenas por la tierra y por las reivindicaciones salariales, del miedo por los bombardeos y los ranchos arrasados y de ver la sangre y los cadáveres de sus compatriotas, entre ellos los de su padre, su madre y sus hermanos. Y, "cuando le nació la conciencia", en vez de responder a la guerra con la guerra, a pesar de que tenía razones justificadas para proceder de esta manera, predicó la paz. Pero Rigoberta no desea una paz cualquiera y bobalico-

na. Rigoberta anhela una paz con democracia participativa en la que no existan sectores marginados.

Rigoberta actualmente anda por el orbe con su prédica. A veces resiente la soledad y la falta de una familia en sentido estricto, no obstante que tiene una familia enorme que la quiere. Ella está domiciliada en el mundo, aunque sus raíces están en Guatemala. Ella se identifica con su ropa quiché, su ternura, su rostro oval, sus ojos tristes y, sobre todo, su firmeza.